

Santa Cruz Urquieta, Octavio. *Mi tío Nicomedes*. Lima. Ediciones Noche de Sol. 2015. pp. 136.

Quienes hemos leído o escuchado alguna vez a Nicomedes recordamos con cierta familiaridad versos como *A cocachos aprendí*, o *¿Qué tiene mi cocotín?* o inclusive *Talara, no digas "yes"*. El libro que reseño, *Mi tío Nicomedes*, de Octavio Santa Cruz, nos acerca a algunos aspectos de la vida de este poeta peruano. Ha sido realizado con mucha ternura a partir de una serie de recuerdos del autor, testigo privilegiado que compartió en casa de la abuela paterna su infancia y primera juventud junto a sus queridos tíos "los Santa Cruz", familia de carácter excepcional para la cultura peruana en general y para el arte peruano en particular, que articula el quehacer manual y el intelectual.

El protagonista del libro es a todas luces Don Nicomedes, pero Octavio con acierto permite descubrir que su tío no fue un personaje aislado, sino que más bien fue parte de una familia de artistas que se remonta varias generaciones: hijo de doña Victoria Gamarra, portadora del ingrediente plástico-musical por la vertiente negra de su padre José Milagros, que fue hijo de don Demetrio Gamarra, pintor de cuadros, retratos y murales. En efecto, al referirse a la vida en la casa de la abuela, la Mamama, Octavio cuenta anécdotas que permiten entender que se trata de un grupo sin parangón en la actualidad, como probablemente también lo fue en su momento.

Nelson Manrique escribe la presentación y revela que el libro desde el título muestra un hilo conductor claro: la vida, circunstancia y obra de Nicomedes Santa Cruz. Asimismo, menciona que gracias a su indagación, Octavio brinda claves valiosas para situar

la biografía de su famoso tío en el panorama de la cultura peruana. Para él, un aspecto destacable en los recuerdos de Octavio es la virtual inexistencia de la discriminación étnica y racial como elemento importante en la experiencia vital de los integrantes de la familia; también reconoce que los Santa Cruz fueron capaces de convertir en una fuerza creativa los obstáculos que debieron afrontar. El libro incluye, a manera de nota, una sentida carta de Javier Luna, escrita con el afecto de quien conoció a los Santa Cruz, compartió y admiró su arte, y trabajó con Victoria en el Instituto Nacional de Cultura.

Es el propio Octavio quien explica el desarrollo del libro como producto de la reunión de una serie de artículos escritos a lo largo del tiempo y que toma sentido bajo el título *Mi tío Nicomedes*, cuyo texto fue el primero que escribió e inaugura el conjunto. Este libro se suma a una larga lista de logros de su autor, es fruto del recuerdo pero refleja la acuciosidad de un investigador erudito y comprometido con sus raíces. Para comentar el libro, me he permitido agrupar los artículos en cuatro temas cuyo eje común es la figura ejemplar de Nicomedes. El tema más significativo para mí es el que ofrece los dulces recuerdos de la niñez de Octavio y su relación con la familia paterna, porque permite acercarnos y conocer al autor así como el contexto compartido por los Santa Cruz; el segundo está dedicado a Nicomedes en sus inicios como decimista y constituye el eje del libro; el tercero es sobre Victoria, y el último, más académico, es sobre la décima y los cuentos negros.

Siguiendo el orden planteado, en el artículo inicial del libro ha sido muy grato descubrir la admiración de Octavio niño ante la figura de un tío singular que contaba cuentos que no estaban en ningún libro: Nicomedes. También menciona a cada uno de sus tíos e informa sobre sus destrezas; así se refiere a Victoria y sus miniatu-

ras; a Rafael, el torero conocido como “la Maravilla Negra”; a Consuelo y sus recetas de repostería; a la cocina de Octavio; a Fernando (padre de nuestro autor); a Rosalina; al lápiz de Jorge; al juicio constructivo de César, y la fiesta obligada por el santo de Pedro. Anota que, desde 1958, Victoria y Nicomedes trabajaron juntos unos pocos años, dieron vida a nuestro folklore negro de la costa y estuvieron acompañados por integrantes de la familia Vásquez. Subraya la figura colosal de Nicomedes, no solo por la cantidad de su producción, sino también por la trascendencia de su obra.

*Mi vida con los Santa Cruz* es una remembranza de las experiencias de la infancia de Octavio que, por su singularidad, marcaron su vida. Narra cómo llegó a la casa de la Mamama luego de la separación de sus padres y, con la sencillez y naturalidad que lo caracterizan, menciona que fue un niño impactado por el poder de la creación artística en sus múltiples facetas, por lo que resultó natural que él se dedicara al diseño gráfico y a la música. Lo interesante es que nos muestra a los integrantes de la familia en sus actividades cotidianas. Por ejemplo de César, el músico de conservatorio, menciona que en su juventud practicaba durante horas pasajes difíciles en clarinete. Al referirse a Nicomedes, afirma que era considerado el mejor maestro forjador; pese a ello, en un momento determinado por el cambio de gusto de la época, abandonó todo para cultivar el verso popular y, al hacerlo, su compromiso fue tal que visitó pueblos en busca de decimistas viejos que pudieran improvisar o que conocieran más cosas sobre décimas. Del mismo modo presenta a *Papapa*, el abuelo que trabajaba en la hacienda Lobatón, pero escuchaba a Chopin y leía el *Post*. Además está “la tía Toya”, Victoria, una gran dibujante, dedicada a la alta costura y capaz de crear primorosas miniaturas en pasta para modelar, con todos sus detalles; hasta que un día

se relacionó con el teatro y comenzó su vertiginosa producción teatral que abarcó todos los ámbitos.

El tema dedicado a Nicomedes decimista contiene cuatro artículos. En *Su primera décima* narra la génesis y hace el análisis de esta décima fundacional en la que expresa la admiración que siente por Porfirio Vásquez, músico y poeta popular. Subraya el virtuosismo de Nicomedes luego de su irrupción en la radiotelefonía, pues era capaz de versificar en el momento sin más guía que el aplauso y la agudeza de su propia intuición autodidacta. En *Nicomedes, primera época*, expone las particularidades de su primer disco, ejecutado con voz abozalada por influencia de Porfirio Vásquez y acompañado por Oscar Avilés. Señala su alejamiento de ese tipo de interpretación y el acompañamiento constante de Vicente Vásquez, hijo de Porfirio. Indica que es mérito de Nicomedes el rescate y difusión de la marinera limeña en la década de 1950 y se refiere también a su primer libreto entre otros temas. En el tercer texto, *El poeta y su circunstancia*, explica el aporte de Nicomedes y su búsqueda por el verso directo y significativo, con un toque de humor oportuno pero fino durante cuatro décadas. Finalmente, en *Téxto y contexto*, explica el cuaderno del decimista como la posesión más preciada, donde el autor anota las décimas más preciadas, suyas o ajenas.

El tercer tema, dedicado a la tía Toya, incluye los dos últimos dos artículos del libro, *Victoria Santa Cruz y Perú Negro* y *Victoria Santa Cruz y su adiós al Perú*. En ellos Octavio señala que Victoria tuvo el proyecto de formar la compañía de “Teatro y danzas negras del Perú” y que fue responsable de la selección, la formación físico-artística y la disciplina de los integrantes del Conjunto Nacional de Folklore. Victoria se fue del Perú por la burocracia as-

fixiante que se resume en la infeliz frase de un ministro de turno, cuyo nombre es mejor olvidar: “el Estado no canta ni baila”.

Finalmente, la última sección está referida a la décima y a la cultura negra. El artículo *De la métrica espinel al temple maulío*, presenta el panorama de la décima en el Perú, desde su llegada como un producto definido de diez versos octosílabos, cuya forma posee una estructura compleja de acentos y consonancias. Asimismo, destaca el acompañamiento en guitarra, que asocia verso y música, para un género de poesía popular cantada, la décima costeña. Presenta la vigencia del verso popular y sus modalidades, las cumananas y el amorfino, así como la evolución de la décima en el Perú. En *Cuentos negros*, Octavio afirma que las manifestaciones de la llamada cultura afroperuana no son fácilmente reconocibles por encontrarse justo delante de nuestros ojos, diluidas en el mestizaje. Señala que Nicomedes durante toda su vida profesional, además del vínculo con las formas tradicionales, exploró otras propuestas en busca de soluciones dinámicas. De la misma forma, Octavio se reconoce como portador de la tradición que le cupo en suerte recoger, productor de obra “popular”, y que tienta alguna explicación de vez en cuando.

El libro está escrito con una prosa rica, la edición es impecable y está ilustrado con algunas fotografías íntimas, de época, que permiten acercarnos más y mejor a la invaluable familia Santa Cruz. Sin lugar a dudas, llevar este libro a la realidad es parte de un compromiso enorme que asume Octavio, pues es muy difícil tomar distancia y ser objetivo cuando se presentan experiencias tan personales; sin embargo, el autor —sobrino mayor y primer nieto— lo consigue, hace un esfuerzo voluntario de análisis y reflexión, y de esta manera inicia el rescate y la puesta en valor del fenómeno cultural que son los Santa Cruz.

No puedo dejar de mencionar que comparto una amistad de tres décadas con Octavio. Nuestra amistad se inició apenas ingresamos a la Escuela de Arte de la Universidad de San Marcos y, desde entonces, he sido testigo de su tenacidad y de su fuerza de voluntad, las mismas que lo han impulsado a alcanzar todo lo que se ha propuesto. Estos apuntes celebran el trabajo de Octavio, un investigador apasionado que combina su vocación por la investigación con la labor docente en nuestra *alma mater*; su amistad y presencia entre nosotros es enriquecedora. Comentar este libro ha sido un honor y estoy convencida que ustedes disfrutarán de su lectura tanto como lo he hecho yo. (Emma Patricia Victorio Cánovas)